
UNA DE CLAVO
Alfredo F. Alameda



Escuché el chupinazo que abría San Fermín sentado en la terraza norte de la quinta, el lugar más fresco a esa hora, con una taza de café en la mano y el periódico del domingo que Roberto, el jardinero, me había dejado sobre la mesa, junto a una decena de churros abrochados con un junco. El encierro fue rápido, en apenas dos minutos y un cuarto los toros rubios de la ganadería toledana alcanzaron el albero, guiados por tres competentes cabestros. Hasta tres mil afluentes dicen las crónicas que se vieron en este primer encierro, que transcurrió sin incidentes reseñables, más allá de algún revuelco y un par de sustos: *Colorao* se rezagó al final del recorrido —venía ya desnorado porque en la curva de Mercaderes, tras una salida explosiva hasta la plaza del Ayuntamiento, llevado por la inercia de la carrera, se había estampado contra el vallado, con gran alborozo del mocerío—, dio un par de vueltas sobre sí, sin tomar determinación, hasta que uno de los cabestros acudió en su auxilio llevándoselo a la plaza. *Deseadito*, el último del lote, cuando la bien pavimentada calle de la Estafeta se convierte en el embudo adoquinado que es la entrada del callejón, frena en seco y se planta, haciendo que los otros *cabestros*, aquellos que le persiguen y azuzan, los del mono blanco y pañuelo encarnado, choquen violentamente contra el morlaco, que a testaradas se defiende, preso de un ataque de ira y pánico.

La revista semanal que acompañaba al periódico mostraba a toda página un plano corto de una mujer espléndida, que simulaba sujetarse los tirantes del vestido, empeñados en deslizarse por sus brazos, descubriendo unos hombros sugerentes y suficiente carne en el escote para una buena cena.

«La pasión de Adriana Ugarte. Talento natural. Volcánico», decía el titular que acompañaba a la foto de la sugestiva dama.

Cabello de bronce abundante y pretendidamente desordenado resbalaba sobre el pecho hasta alcanzar el borde del vestido, que cuando el dedo del fotógrafo oprimió el disparador, empezaba a descubrir la areola del pecho izquierdo.

Labios prominentes encendidos de fresa y mirada penetrante y descarada. El adjetivo volcánico del titular estaba bien traído. Cualquier diccionario ilustrado mostraría con rigor esta foto junto a la palabra sexualidad.

Los titulares de la prensa los llevaba repitiendo la radio horas antes de que retransmitiesen el famoso chupinazo: Los Hermanos Musulmanes toman las calles de El Cairo en lucha contra el golpe militar que ha derrocado a Mohamed Morsi; la cabalgata del Orgullo gay desfila por el centro de la ciudad dejándolo como un basurero con olor a pis. Seguro que el inefable cronista gráfico de la Orden de Los Caballeros del Pedal, a la que me honra pertenecer, con su talento y sabiduría fotográfica, del mismo modo que ilustra nuestros periplos cicloturistas por caminos llenos de historia, que el prior prepara con encomiable dedicación y sobresaliente acierto (casi siempre), e ilumina con sus vastos conocimientos y precisas anotaciones, se había lanzado a la calle, armado de alguna de sus múltiples cámaras, probablemente la Nikon F3, que para eso es un romántico del oficio, a recoger testimonio del colorido y ruidoso evento que, cada año, con desinhibido proceder, protagonizan transformistas, travestis, lesbianas, gays y otras especies homosexuales autóctonas o llegadas de hasta los más exóticos y apartados lugares de nuestro ancho planeta; toda Suramérica lanza diatribas contra la vieja y servil Europa a propósito del accidentado viaje del presidente Evo y la sospecha de que ocultase al delator Snowden, a quien Nicolás Maduro ha prometido asilar en Venezuela. Aunque solo sea por dar en los morros al gobierno estadounidense. (Esto último lo digo yo). La contundente y oronda Bartoli no encuentra oposición en Lisicki y se alza con la bandeja de plata en la verde hierba de Wimbledon; Froome incendia los Pirineos y exhibe poderío en las primeras cumbres del Tour. El inglés se impone con desenvoltura en la meta a un deprimido Contador que cede casi dos minutos.

Cierro *El País* para atender a Dávor, que acaba de llegar. Entre los dos damos cuenta de los churros y tras ello subimos a la colonia a dar un paseo, antes de que el calor convierta la idea en un despropósito.

A Dávor no le gusta la cuesta que nos separa del lugar, así que subimos en la furgoneta de Roberto. Estacionamos, como siempre, en una de las calles arboladas y poco transitadas en general, y nada transitadas a esta hora temprana.

La colonia solo tiene animación en la calle principal, donde están los bares y la casi totalidad del escaso comercio que nos asiste, si obviamos la estación de Renfe, el parque y la casa de la cultura. Estas calles, por las que habitualmente paseamos Dávor y yo, se trazaron entre antiguas y amplias fincas con chalets (antes se llamaban hotelitos) contruidos con piedra extraída de las canteras de Collado Villalba hace ya muchos años, cuando el pueblo era un reducto residencial para veraneo de gente significadamente fiel al Régimen y con méritos adquiridos en la Cruzada. Haber ganado una guerra aportaba algunas prebendas y Torreldones formó parte de ellas. Alguno de aquellos (de estos) hotelitos se construyeron con personal sustraído subrepticamente a las brigadas de milicianos que, con grilletes en los pies y pico en la mano, arrancaban granito en Cuelgamuros. Y así se mantuvo Torreldones durante las siguientes décadas; un pequeño pueblo dividido en dos por la autopista Madrid-La Coruña —hecho habitual en la sierra madrileña—. *Zona nacional* en el catálogo apócrifo de los Guerrilleros de Cristo Rey que, en los primeros años setenta del siglo viejo, camparon a sus anchas sembrando el terror por la capital y sus alrededores y rotulando paredones con spray en los que se preconizaba, con rima, el fusilamiento de monseñor Tarancón, ante la mirada distraída y aun connivente del gobierno. Más tarde, cuando los huevos de la serpiente fueron perdiendo hegemonía y tomaron presencia social otros descendientes de la guerra, hijos y nietos de la derrota que ya no eran esforzados, rudos e incultos agricultores que la diáspora campesina trajo a las ciudades, o mano de obra con escasa cualificación..., ahora eran ejecutivos de multinacionales afincadas en modernos y vistosos edificios de cristal en la zona de Azca o en la noble periferia de Madrid; licenciados en Derecho, Económicas o Empresariales; médicos, publicistas, arquitectos, ingenieros o concejales... Pequeños y prósperos comerciantes

autónomos, que ocupaban chalets adosados, un tipo de vivienda parecida a los apartamentos de las ciudades, pero en sentido horizontal, con dos cuartos de baño —uno de ellos en el dormitorio principal—, garaje particular y jardín común, que con frecuencia incluía pista de tenis y piscina, instalaciones hasta entonces propias de las clases económicamente solventes.

Torrelodones dejó de ser zona de recreo veraneante para convertirse en ciudad dormitorio de los nuevos españoles. Al principio parecía una aventura. «¡Vivir a treinta kilómetros de Madrid, que locura!», decían nuestros padres desde su pequeño pisito en Aluche o Moratalaz. «¿Estáis seguros de lo que vais a hacer?», insistían llenos de preocupación. Era el sueño americano, como en las películas de Doris Day de los años sesenta del otro siglo, en las que los maridos tomaban el tren cada mañana, camino de los rascacielos neoyorquinos y regresaban por la tarde, y la mujer les iba a buscar a la estación en su propio coche; porque tenían dos coches, uno aparente, de casi cinco metros, con motor de al menos dos mil centímetros cúbicos, que se utilizaba para los viajes vacacionales y para visitar a la familia del pueblo, y otro, más utilitario, para ella; un panda, un Renault cinco... que servía para el ajetreteo vaivén de subir y bajar a los niños del colegio, y llevarlos a las actividades extraescolares: ballet, judo, gimnasia rítmica o manualidades... Cualquier cosa que los tuviera entretenidos hasta que papá llegase del trabajo. Los domingos, partido de tenis y barbacoa. Mil años parecían haber transcurrido desde entonces.

Dávor entretenía su paseo olisqueando la hierba, ya seca, que nacía junto a las tapias de las fincas, mientras yo leía los versos de Garcilaso que Emilio Pascual citaba por boca de don Miguel en el soliloquio de *La última dedicatoria*, que Cervantes escribe unos días antes de morir, a su protector el conde de Lemos:

*Las rosas blancas por allí sembradas,
tornaba con su sangre coloradas.*

Parecía gustarle —a Dávor, digo— cabrear a los congéneres, presos en las fincas de sus amos, que a su paso ladraban con vehemencia. Se paraba y los miraba arrimando el hocico a la verja, en silencio, sin responder al ladrido. El perro preso mostraba los colmillos con inusitada ferocidad o se desgañaba entre histéricos ladridos, como si el pasar junto a la finca en la que está cautivo fuese el agravio mayor que recibir pudiera.

Entonces, cuando más enfurecido parecía estar el confinado, empujando febrilmente la puerta con las patas, a punto de infarto perruno, Dávor levantaba someramente una pata trasera y soltaba un chorro breve de orín, tras ello reanudaba el camino. Siempre le afeé aquella manera de proceder tan poco elegante, a toda luz desconsiderada, pues estar libre de correa y alambrada no le confería bula para tal comportamiento. Diré también que nunca el samoyedo prestó gran atención a mi reproche.

Pasaban ya de cuarenta los minutos que ocupaban el paseo, a punto ya de concluir la lectura del monólogo cervantino, cuando al doblar una esquina de aligustre vinimos a dar, casi a tropezar, con Nicole Dubois y Nena, aunque eso lo supimos luego. Los nombres, quiero decir. Nos habíamos cruzado con anterioridad tres o cuatro veces, siempre a la caída del sol: buenas tardes, buenas tardes. Los samoyedos se olían unos segundos; bueno, en realidad Dávor olía a Nena y antes de que intentara montarla yo procuraba alejarnos. Eso había sido todo hasta ahora. Nicole iba siempre acompañada de una mujer anciana y menuda que caminaba aferrada a su brazo y siempre tenía una palabra amable para mi amigo.

—Que madrugadoras —dije a modo de saludo.

—Como vosotros.

—Con estos calores es la mejor hora para pasear.

—Y que lo digas. Nena está ya muy mayor, se pasa el día tumbada en el porche, pero en cuanto me ve con la correa en la mano parece rejuvenecer. ¿Cómo se llama tu samoyedo? —se lo dije—. Es precioso y lo llevas siempre tan blanquito que da gusto verlo. ¿Qué edad tiene?

—Catorce.

—Ah, pues parece más joven. Nena tiene la misma edad y está mucho peor; claro que es diabética y eso la ha estropeado mucho.

—Hoy no te acompaña esa señora mayor tan amable siempre con Dávor... ¿Quién es?

—Mi tía, en realidad era tía de Simón. La enterramos la semana pasada.

—Vaya, lo siento, no sabía...

—Tenía noventa y dos años.

—¿Vivía contigo?

—Sí. En realidad yo vivía con ella, la casa era suya. No tenía hijos y decidió repartir la herencia en vida. A nosotros nos tocó el chalet de Torreldones a condición de cuidarla mientras viviese.

Llegamos al bulevar y lo recorrimos hasta su término, amparados en la sombra que plátanos y acacias ofrecían en toda su longitud. De ese paseo supe su nombre y estas otras cosas: era hija de un diplomático francés que pasó algún tiempo en Antananarivo. Allí casó con Akem, una hermosa nativa, una niña malgache de dieciséis años, que enamoró al joven diplomático y le dio una hija, Nicole. Más tarde, cuando regresó a París llevándose a su joven esposa e hija, Akem fue atacada de melancolía y al poco tiempo dejó París para regresar a Madagascar, con su gente, abandonando marido e hija, que para entonces contaba doce años.

Simón era profesor de literatura española en el liceo en el que Nicole estudiaba, y cuando regresó a España, para hacerse cargo de una parte de la herencia de sus progenitores, la mulata Nicole se fue con él. Durante los siguientes años se acomodaron en la holganza, saboreando la bohemia de aquel Madrid, que de la mano del profesor Tierno, vivía una revitalización de la vida cultural, artística y social adormecida durante décadas por el franquismo.

Nicole entró a trabajar en el partido, recién licenciada en Derecho por la Complutense —por dar gusto a su padre, con quien mantenía una buena relación, a distancia— cuando Felipe ganó las segundas legislativas. Abando-

nó Ferraz dos años después, harta de la política, según me aseguró. Se casó con Simón y montaron un pequeño restaurante en Embajadores. A Simón le encantaba cocinar y además lo hacía bien. Genética, con toda seguridad. Su familia era navarra y tenía primos y tíos en ese negocio. Al enviudar vendió el restaurante y se dedicó en exclusiva a cuidar de la tía de Simón .

Desanduvimos el bulevar por la otra acera, para dirigirnos a tomar un café en *El Atril*. Nena y Dávor precedían nuestra marcha olisqueando plantas y orines de otros perros; la *samoyeda*, de vez en cuando volvía la cabeza para asegurarse de que íbamos detrás; a Dávor el asunto le importaba menos.

—Bueno, ¿y tú qué? Te he contado mi vida. Ahora te toca a ti.

—¿Qué quieres saber?

Yo no tenía interés en contarle la mía. Si ella lo había hecho, allá ella, yo no se lo había pedido, así que contesté a sus preguntas con vaguedades y generalidades. Debió darse cuenta de mi desinterés, pues tras un par de respuestas monosilábicas guardó silencio. Resultó un poco incómodo. Me vi obligado a romperlo.

—Vine a Torre hace ya más de treinta años, en el verano de mil novecientos ochenta y uno. Habíamos comprado la casa en enero de ese año, pero no hicimos el traslado hasta que los niños terminaron el curso.

Bla bla bla... Ella escuchaba con aparente interés, de vez en cuando interrumpía mi relato con alguna pregunta oportuna.

El Atril había cerrado por vacaciones. Hasta el uno de agosto, decía el cartel pegado por dentro del cristal de la puerta.

—Si quieres —dijo Nicole, al ver mi desencanto—, podemos tomarlo en la terraza de casa, vivo a pocos minutos de aquí.

Las luces de alerta titilaron. Los hombres llevamos siempre esa luz encendida. Yo trato de que la luminaria no se note demasiado, pues con frecuencia me parece grosera su presencia, aunque la sé inevitable. Ciertamente con el paso de los años la luz se me ha quedado un poco mortecina, pero todavía resplandece lo suficiente como para ponerme sobre aviso. Me explicaré. Una mujer a la que acabo de conocer —aunque nos hayamos visto fu-

gazmente alguna que otra vez— me invita a tomar café a su casa. Así, sin más, por las buenas. ¿Quiere solo tomar café?, ¿pretende iniciar una nueva amistad?, ¿subyace, tal vez, el deseo de un encuentro sexual?, ¿o es sencillamente una persona con marcado acento social propensa a la extraversión? Cualquier respuesta me parecería bien, pero conviene acertar para saber hasta dónde queremos o podemos llegar. Si la propuesta nos impele a una actuación atrevida, podemos llevarnos un chasco: tú por quién me has tomado, o, me parece que te estás equivocando, o, has leído mal el mensaje. Y de esta forma quedar como un machista patético que piensa con la bragueta. Pero puede ocurrir lo contrario, ignorar las señales que emite la mujer o no considerarlas adecuadamente y quedar, entonces, como memo o maricón, además de perder la oportunidad del retozo.

—Estupendo —casi exclamo, cuando me repongo de la inesperada propuesta.

Hay técnicas de averiguación que nos permiten saber cuál es el juego, pienso de camino a casa de la mujer, se trata de usar términos anfibológicos, cuidadosamente escogidos, que permitan una interpretación subida de tono a la par de una lectura inocua, un regate, una salida airosa. Debe buscarse o aprovechar el momento oportuno. De la actitud verbal o gestual de ella podremos inferir su disposición.

En su declarada afición a la literatura del dieciséis, durante el paseo, había citado en dos ocasiones a Covarrubias, a propósito de ciertos términos en desuso que venían a pelo sobre el asunto que en el momento nos ocupaba; aprovechando esta circunstancia y dado que se mostraba como persona culta y mundana, tras haber disfrutado de un estupendo café acompañado de unas deliciosas pastas —que ella insistió en que debíamos acabar porque tenían propiedades que más tarde me explicaría—, al amor de la umbría producida por el techo emparrado de la terraza, hice el siguiente comentario: «Mal hacemos descuidando el argumento que sostiene que el ayuno y la oración son prácticas provechosas para resistir los diferentes apetitos que en los humanos

concurrentes, en espera de la *colación*, que ya en la tarde habrá de mitigar nuestra abstinencia».

Es Covarrubias, precisamente, quien advierte de la palabra «colación» que decíase del bocado vespertino que se permitía en día de ayuno y, a la sazón, vocablo que popularmente se usaba para referirse al coito. Dicho había quedado, además, el asunto de los apetitos y de la abstinencia... A buen entendedor... Por otra parte, la cita era demasiado literaria como para tomársela como agravio. Lejos de ello, Nicole esbozó una pícaro sonrisa al final de mi discurso y sin abandonarla, dejando patente que entendía, dijo:

—Eso quería explicarte; las galletas tienen una composición formidable, con diversos efectos benéficos y, según en quién, un cierto resultado afrodisíaco.

El asunto se iba aclarando. A Nicole Dubois le iba la marcha. Prosiguió.

—El diecinueve de agosto del noventa y dos, aterricé en Antananarivo, precisamente el día del referéndum de la constitución. Fue la última vez que estuve en Madagascar. Mi madre había enfermado y estuve a su lado hasta que murió. En esos meses me aficioné al clavo, los malgaches lo usan para todo, tienen una fe ciega en esa planta. Estas galletas que hemos tomado con el café forman parte del polvo —pausa deliberada y procaz— de las llamadas cinco especias: clavo, canela, anís, anís estrellado y jengibre; además de un exquisito sabor, como has podido comprobar, tienen múltiples efectos estimables.

»En el parque nacional de Isalo, en la provincia de Toliara, abundan los claveros; algunos llegan a sobrepasar los veinte metros de altura —alcanza una valiha que está prendida a la pared de ladrillo, alargando el brazo: es una especie de cítara tubular tallada con adornos de grecas y jeroglíficos sobre una caña gruesa de bambú, de unos cuarenta centímetros de longitud. Juega con ella pasando delicadamente el dedo índice por las tallas—. Tienen la corteza gris y el tallo erecto —ahora acaricia el instrumento musical en toda su longitud mientras me lanza una mirada furtiva—, sus hojas son ovaladas, puntiagudas y aromáticas —se acerca la valiha a la mejilla—, parecidas al

laurel y su tacto pegajoso —desliza la yema del pulgar sobre la del índice como si entre ambas hubiese una sustancia viscosa— se parece al de la leche de nopal. Tiene una flor delicada de tacto suave que antes de abrirse produce botones florales rugosos del color rosado de los pétalos —Nicole pasea la yema del corazón por el perfil extremo de la corona de aquel chisme—. Cuando este color se hace bermellón, el clavo está listo para recolectarse — me ofrece el artefacto para que lo examine y ella desaparece, a mi espalda, en el interior de la casa.

No puede negarse que la disertación había dado cumplida respuesta a mi alegato.

Sabemos que la ambigüedad trata conceptos diferentes que comparten expresiones comunes; la lengua está llena de voces polisémicas a las que cada cual puede dar el sentido que guste. Véase lo que me susurró a continuación, cuando regresando a la terraza, puso amistosamente una mano sobre mi hombro y su boca cerca de mi oreja:

—¿No estarás *corrido* por lo que te acabo de contar acerca del clavo?

Era una digna rival, le gustaba el juego y sabía jugar. Había puesto el listón alto, pero yo no podía parar ahora, ni debía ni quería, al fin y al cabo el juego lo había iniciado yo. ¿Estás seguro? ¿Por qué? Porque has dicho una picardía casi infantil, en la creencia de que ella no la captaría... Qué ingenuo. Así, te crees que la iniciativa fue tuya, ¿no? Despierta, pardillo, ella es la que te ha traído a su casa. Ella es la que te ha puesto cachondo con los pétalos, los botones, los tallos erectos y la chirimía o como demonios se llame el puñetero canuto ese. Ella es la que te va a llevar al huerto a pequeño que sea el paso que ahora te toca dar a ti.

—Clavar y correr —musité, con aire de ensoñación, poniendo mi mano sobre la que ella tenía en mi hombro—. Clavar es asegurar con clavos alguna cosa, también, introducir a fuerza de golpes un clavo en un cuerpo. En Venezuela, puede significar tomar una cosa por otra, equivocarse —clavé la mirada en sus pupilas y tirando suavemente de su mano la hice girar hacia mí; para asegurarme de que no me estaba equivocando la senté sobre mis rodi-

llas. Nicole Dubois se avino. Era menuda, tenía los ojos grandes, separados y tan negros como su cabello. De Akem se adivinaba, además del siena tostado de su piel, unos labios prominentes y unas nalgas aupadas y todavía firmes; del diplomático se reconocía el ángulo facial de noventa grados y los rasgos caucásicos de su rostro—. ¿Sabes a qué llamábamos «clavar» los amigos del barrio cuando púberes? Qué decir de «correr»; corre el agua de los ríos, corre el viento cuando sopla, corren los deseos y los rumores, corren los fluidos, corre el tiempo... También cuando hacemos algo con prisa lo llamamos correr. ¿Tienes tú ahora prisa, Nicole?

Se había acurrucado contra mi pecho y toda ella parecía caber en mi regazo. No dijo nada, permaneció quieta y silenciosa, acurrucada como un gazapo.

—En cambio —continué—, en Cuba, «clavar» significa robar, ¡tomar para sí lo ajeno!

Incliné mis labios sobre los suyos y la besé.

Epílogo

Del clavo se obtiene, también, un aceite esencial rico en eugenol, salicilato de metilo, metil acetona y otros componentes. Puedo asegurar que aplicado con sabiduría durante el masaje corporal, tiene un efecto lenitivo y relajante muy estimulante. Esto lo supe después.

Doy por bueno el dicho que reza: «Un día no ha de pasar sin algo experimentar».

FIN